



NANDA Y RAJABALA

Por Ada Albrecht

La siguiente es una historia de cómo, por la Gracia de Dios, un joven halló en su paso por la vida a un Maestro de Devoción que con humildad y amor le mostró el sendero que conduce hacia el Señor. Nuestra historia dice así:

El humilde y devoto Nanda habitaba en una choza junto a su abuelo Govar, en el estado indio de Madhyapradesh. Él compartía con su abuelo su pobreza. Apenas si tenían para comer; sin embargo, nunca les faltaba su escudilla de arroz y sus chapatis con los cuales calmaban el hambre de sus cuerpos. Nanda, como su abuelo, era pastor de ovejas. El joven jamás había deseado riqueza alguna, puesto que, si bien era poco lo que tenía, también era cierto que nada le faltaba. Cerca de su choza existía un Templo milenario que algún monarca había erigido muchos siglos atrás. Era un Templo consagrado al Señor Shiva.

¡Cómo amaba la imagen de su Shiva, el Dios que liberaba al hombre de vivir en el reino de la fantasía, o sea, *Mâyâ*, el mundo! Iba con sus regalos de canciones que entonaba para Él

día tras día. Nanda era feliz con la compañía de su dulce abuelo, sus ovejas y el Divino Shiva, a quien él se lo imaginaba aguardando por su devoto cuando iba hacia el valle a pastorear su rebaño, y cuando regresaba de su tarea. Y así, en medio de rezos y oraciones, la santa vida de Nanda, el *Bhakta* del Señor Shiva, transcurría apacible y armónicamente.

Cierto día, mientras Nanda cuidaba de su rebaño, vio que un carruaje se detenía cerca de él. Del mismo descendió un joven lujosamente vestido que, luego de saludarlo respetuosamente, le preguntó:

—¿Quién eres, pastor? ¿Y dónde vives?

—Mi nombre es Nanda, y como puedes ver, mi trabajo es cuidar un rebaño de ovejas. Vivo en una choza con mi abuelo, y realizo diariamente mis plegarias en el Templo del Señor Shiva. ¿Y tú quién eres?

—Soy Rajabala —dijo el joven—. Mi padre es el rey de Nagapura, y moro en un gran palacio construido en lo alto de una montaña.

Luego continuó diciendo:

—No tengo amigos, y mi padre está ahora en el extranjero. ¿Quieres subir a mi carruaje, y visitar mi palacio? No está muy lejos de aquí y llegar hasta él nos llevará poco tiempo. Luego puedes volver con tus ovejas.

Nanda, aunque sencillo en sus costumbres, era un profundo conocedor de la naturaleza humana. Así, percibió que el príncipe poseía un corazón bondadoso y decidió acompañarlo.

Luego de avisar a su abuelo que haría un breve viaje, ascendió al carruaje de Rajabala y partieron.

Poco después llegaron a las puertas del palacio. El carruaje se detuvo y los jóvenes descendieron de él.

El palacio de Rajabala era algo indescriptible. Sus paredes eran de mármol labrado, los muebles estaban recamados en piedras preciosas y los cofres pletóricos de joyas. Nanda nunca había visto nada semejante.

Luego, Rajabala, seguido por sus sirvientes, le mostró los parques, jardines y hasta la inmensa cocina del palacio. Nanda, que sólo tenía cotidianamente su escudilla de arroz, no podía creer que alimentos semejantes pudieran existir. Había toda clase de frutos, de vegetales y de dulces puestos en frascos de cristal labrados, y panecillos en una mesa gigantesca, recién horneados.

Sin embargo, a pesar de toda la riqueza que se presentaba ante sus ojos, Nanda no podía dejar de pensar en su amado Señor Shiva. Nanda extrañaba la Imagen de Su Señor. Más aún, comenzó a extrañar también la santa humildad de la choza de su abuelo.

Entonces dijo al príncipe:

—Veo, querido Rajabala, que tu palacio es muy bello. Y me siento muy feliz de que nunca te falten alimentos. Pero dime, ¿existe acaso en las cercanías de tu palacio un Templo del Dios Shiva parecido al que yo visito al abandonar mi choza para ir y venir de mi trabajo?

La respuesta de Rajabala lo sorprendió:

—No. Aquí no existe Templo alguno —dijo Rajabala con cierta tristeza—. Mi padre, el rey, considera que la Religión no es algo importante. Es más, él dice que frena el progreso de su reino. Por esa razón, prohibió todas las imágenes religiosas y también los Templos.

Nanda se estremeció al oír esas palabras. ¿Cómo era posible que existiese alguien que pensara que hablar de Dios es algo malo? ¿Cómo podía alguien siquiera pensar que los Templos no eran importantes?

Pero el devoto pastor también pudo percibir una gran tristeza que embargaba el corazón del joven príncipe. Entonces, a fin de ayudarlo, le dijo:

—Como tú me mostraste el palacio donde habitas, yo te llevaré al Reino Divino de mi Padre y Señor: el Templo del Dios Shiva.

Rajabala se mostró feliz y entusiasmado con estas palabras, de modo que inmediatamente ascendieron al carruaje y regresaron al valle. Una vez allí, Nanda reunió con afecto el rebaño de ovejas y lo condujo a un corral cercano a la casa de su abuelo. Les dio de beber, cerró la puerta de dicho corral y luego presentó a su abuelo al joven Rajabala.

El abuelo, que era un hombre extremadamente religioso, y de dulce carácter, agradeció a su visita diciéndole:

—Me alegra que hayas venido. Mi nieto perdió a sus padres en un accidente cuando era muy pequeño, y tuvo que ser criado por mí. Como siempre estuve imposibilitado para enviarlo a una escuela —debido a mi pobreza y edad— fui yo quien le enseñó a leer y a escribir. También le enseñé humildemente las historias sagradas y la filosofía mística que, cuando yo era pequeño, había recibido de mis padres.

Luego agregó:

—Espero que te sientas feliz en nuestro sencillo hogar.

Rajabala saludó al anciano con respeto y agradeció sus palabras. Luego Nanda le mostró su pequeña choza y le dijo:

—Ahora te llevaré al Reino del Señor, al Templo de Shiva-Ji.

Era extraño lo que acontecía en el alma de Rajabala, pero lo cierto es que a medida que escuchaba hablar a Nanda acerca del Templo de Shiva, se sentía ave que volaba por los espacios

azules del cielo, agua de arroyo interpretando melodías en el sutil teclado de sus aguas, primoroso loto de las fuentes. Todo él florecía como si la Primavera habitara su corazón. Reía, cantaba y lloraba a su vez.

Nanda iba adelante, sin ver las reacciones de su reciente amigo. Cuando llegaron a los pies del Templo Sagrado, que se hallaba en medio de un bosquecillo, Rajabala notó que estaba en ruinas. Sus paredes se hallaban devoradas por la humedad y bastantes vegetales crecían en los intersticios de sus piedras abandonadas. Subieron las gradas, caminaron por un espacioso hall, también abandonado, y luego se internaron en el Sancta Sanctorum del Templo. Allí, en un trono maravilloso, se encontraba la majestuosa imagen del Señor Shiva. Se hallaba sentado, con un inmenso tridente en una de sus manos, mientras que con la otra otorgaba la bendición a los devotos. Su rostro era dulce, compasivo y sabio a la vez. Si bien el Templo parecía exteriormente abandonado, la Imagen se hallaba bien cuidada, aseada, y con sahumeros encendidos. En el recinto se percibía el dulce perfume de la Devoción.

Rajabala jamás había visto una Imagen Sagrada, debido a las leyes que su padre había implantado en su reino. Sin embargo, cuando vio la Imagen del Divino Señor Shiva, supo inmediatamente que su corazón había encontrado su destino.

El Amor por Dios lo embargaba de tal modo que apenas si podía hablar con Nanda.

—Te ruego que me enseñes quién es este Rey del Universo, mi querido Nanda. Háblame de Él. Cuéntame historias sobre Él —balbuceó Rajabala profundamente emocionado.

Y Nanda, a quien desde pequeño su abuelo le narrara noche tras noche las largas Historias que hablaban de la infinita grandeza del Señor Shiva, comenzó a contárselas a Rajabala. Le habló de Sati, Su Esposa. Le contó las Historias de Su Hijo Ganesha, el Dios de la Sabiduría. Le narró las Historias de Parvati, Su Esposa Cósmica. Le habló de Kailasa, Su morada celestial. Pero de quien más le habló fue de ese “Divino Ladrón de corazones”, que es Shiva. Le explicó cómo los hombres, meditando y orando podían llegar a la Liberación de todos los apegos que tanto daño causan a la mente humana.

—El Dios Shiva —dijo Nanda a su amigo—, nos libera del error de creernos un cuerpo humano. Nos libera del infierno de la mente y es por eso que se lo llama el Dios de la Liberación de la Ignorancia.

Por cierto, las explicaciones de Nanda, fueron extensas y siguieron hasta la caída del Sol.

Rajabala era la encarnación del espíritu del Gozo.

—Mi querido Nanda —dijo—, he encontrado aquí mi verdadero Reino. ¡Sí! ¡Mi Reino es el Templo de Shiva! Y por nada del mundo quisiera volver a mi palacio.

—Tendrás poco que comer —repuso Nanda—, sólo una escudilla de arroz y un chapati por día.

—A partir de hoy —dijo Rajabala—, me alimentarán las manos del Señor Shiva. Como los cervatillos se alimentan del pasto que les regala la Madre Tierra, la Madre Bhumidevi, de igual modo, yo me alimentaré de lo que el Señor Shiva me ofrezca.

—Tendrás poca ropa —dijo Nanda.

Y Rajabala:

—Me vestiré de plegarias al Señor Shiva.

—Tendrás frío.

—Él entibiará mi cuerpo y mi alma con Su Divina Presencia.

—No estás acostumbrado a una vida tan austera.

—En verdad, siempre he vivido en la miseria espiritual, y es ahora que seré verdaderamente rico.

Nanda abrazó a su amigo, y con profunda Devoción le dijo:

—Serás un Santo, Rajabala. Con el tiempo, serás un Santo. Como el zorzal a quien apenas el tiempo otorga plumajes a sus alas ya se lanza a volar abrazándose al cuerpo del espacio, así

tú, ¡oh Rajabala!, con las pocas palabras que te he dicho, has alcanzado la plenitud de la Sabiduría, que es *Bhakti*, la Devoción a Dios, y has abandonado todas las riquezas que te condenarían de por vida a ser devoto del mundo.

Nanda y Rajabala, a partir de ese momento fueron Maestro y Discípulo unidos por un único fin: el de amar y servir a su Señor.

Con el paso de los años, muchas almas amantes de Dios, se fueron acercando a Nanda y su discípulo Rajabala. Un nuevo *Ashram* floreció entonces en India, y miles de fieles devotos se inmergieron —por la Gracia de Dios— en el corazón del Señor, siguiendo las enseñanzas de los Divinos Maestros de Devoción.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura
